

LA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES: TRAYECTORIA Y PERSPECTIVAS

Solange ALBERRO
El Colegio de México

LA LLAMADA HISTORIA DE LAS MENTALIDADES tiene antecedentes y orígenes tan conocidos como respetables. Su árbol genealógico se arraiga en Estrabón y en Julio César; sus ramas incluyen obviamente a los moralistas de la antigüedad y a los cronistas españoles de América, entre quienes destaca Sahagún. Comprende también a Montaigne, a Montesquieu y a otros ilustrados, para alcanzar un gran vigor con la escuela sociológica de Durkheim y Lévy-Bruhl, quien acuña por primera vez el término en 1922 en su libro *La mentalidad primitiva*.

¿Pero en qué consiste esta historia de las mentalidades? Fuerza es aceptar que sus distintos padres, tutores, padrinos y numerosos descendientes dan de ella definiciones variables que tienen en común un carácter de ambigüedad y de amplitud. Si para el medievalista Jacques Le Goff abarca “el contenido impersonal del pensamiento”,¹ para Robert Mandrou es “una visión del mundo *lato sensu*”.² Pero no resultaría muy provechoso reseñar aquí las diversas definiciones que dieron quienes cultivaron o siguen cultivando la historia de las mentalidades, en un intento por entender en qué consiste realmente: como cualquier corriente intelectual animada de razonable dinamismo, ésta sigue evolucionando y cada

¹ LE GOFF, 1979, pp. 76-94.

² LE GOFF, 1979, pp. 76-94.

uno de sus adeptos proponen la definición que corresponde al contenido que le dan. Más aún, la ambigüedad que envuelve su definición y por tanto su identidad y contenido le proporciona una plasticidad asombrosa, que incluye formas, problemáticas y estrategias casi infinitas. Sin embargo, podemos decir de manera general que sin constituir propiamente una subdisciplina de la historia social, la historia de las mentalidades actúa siempre en campos de interés dominados por la sensibilidad, en oposición a los que son regidos por la conciencia. Así, lo psicológico prevalece sobre lo intelectual, y lo automático e inconsciente sobre lo que procede de operaciones mentales deliberadas. De ahí que los procesos culturales colectivos e impersonales sean privilegiados por este tipo de historia, y no lo sean aquellos que por su carácter individual y por corresponder a la obra o a la cultura de un autor específico pertenezcan a la historia de las ideas.

ANTECEDENTES Y ORÍGENES CLAROS

Es de sobra conocido que los padres oficiales de la historia de las mentalidades son Henri Febvre y Marc Bloch. En efecto, durante varias décadas esta tendencia se desarrolló sólo en Francia, si bien más adelante ganó adeptos sobre todo en Inglaterra, Italia, Estados Unidos y Alemania, país en donde algunos estudiosos como Ernst Cassirer o Norbert Elías concibieron obras muy afines que giran en torno a las mentalidades, tanto por sus problemáticas como por los enfoques adoptados. Curiosamente, ni Febvre ni Bloch recurrieron al término de “mentalidades” en sus obras, consideradas como fundadoras: *El Problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, escrita por el primero y *Los reyes taumaturgos*, por el segundo. El término “mentalidades” no se impuso hasta la década 1960, durante la segunda etapa del desarrollo de la historia de las mentalidades, que corresponde a su difusión, vulgarización e incluso moda.

Febvre concebía una historia dominada por la psicología, en sus modalidades colectivas. Por ello, al escudriñar los derroteros mentales de Rabelais, Lutero o Margarita de Nava-

rra, lejos de producir biografías tradicionales, buscó descubrir en qué medida y de qué manera, las ideas y creencias propias de una época específica, se reflejaban en un destino singular y cómo también éste, por las ideas y creencias que promovía, se relacionaba con esta misma época. En otros términos, Febvre se interesó por la relación dinámica y a la vez dialéctica que une a un personaje específico con el contexto temporal y social que le corresponde. Es importante señalar que el término "psicología" tiene aquí el sentido amplio que le daba Henri Berr ya en 1911, cuando escribía: "finalmente, la historia es la psicología misma; es el nacimiento y el desarrollo de la *siqué*"³ (el subrayado y la traducción son míos); es decir, una psicología que se opone a la historia tradicional de las ideas, cuyas categorías, demasiado amplias, conscientes y sobre todo abstractas sólo son reconstrucciones anacrónicas y reductivas de los historiadores. Para Febvre, "un hombre del siglo XVI debe ser inteligible, no con relación a nosotros sino con relación a sus coetáneos".⁴ Febvre introduce en sus análisis las nociones de estructura y de contexto y rechaza a todas luces el juicio ahistórico contenido en las categorías ideológicas como "el renacimiento, el humanismo, la Reforma, etcétera.

La noción de "herramientas mentales" desempeña también en la obra de Lucien Febvre un papel importante y definitivamente aceptado por sus sucesores, que se abocaron a desarrollarlo y afinarlo. Estas herramientas, de acuerdo con la definición que de ellas proporciona Jacques Revel, consisten en "el conjunto de categorías que, desde la percepción de la realidad, su conceptualización y expresión hasta la acción eventualmente ejercida sobre ella, estructuran la experiencia, tanto en un nivel individual como colectivo".⁵

Esta definición de las "herramientas mentales" corresponde cabalmente a lo que constituyó el proyecto de numerosos historiadores de las mentalidades, sobre todo a partir de los años sesenta. En campos muy diversos, se dedicaron

³ Citado por REVEL, 1985, pp. 449-456.

⁴ REVEL, 1985.

⁵ REVEL, 1985.

efectivamente a rastrear, describir y estudiar en sus múltiples articulaciones los procesos sensitivos y perceptivos, las operaciones intelectuales que abarcan tanto las lenguas y los múltiples discursos como las expresiones artísticas en su conjunto, las técnicas y las prácticas que las integran. Esta noción de “herramientas mentales” es mucho más amplia y rica que la de “sistema de representaciones”, empleada a menudo por la historia de las mentalidades, y que se circunscribe a la sola esfera mental, por lo que la primera (la de “herramientas mentales”) se presta mejor a los análisis globales, frecuentes en la historia de las mentalidades en la década de los años sesenta y que siguen siendo importantes tanto por su número como por su calidad.

Si Lucien Febvre se inclinaba hacia una historia en que los factores psicológicos formaban los ejes explicativos privilegiados, Marc Bloch, influido por la sociología de Durkheim, descubría en los conjuntos sociales inmersos en determinados contextos socioeconómicos y en la naturaleza de las relaciones existentes entre ellos la clave que permitía comprender la inteligencia de un proceso y a partir de ello, de una época. Su última gran obra, escrita poco antes de su temprana muerte, *La sociedad feudal* (1939), muestra claramente esta tendencia que, de hecho, lo alejó paulatinamente de la perspectiva de Lucien Febvre.

Después de la segunda guerra mundial, la historia de las mentalidades siguió desarrollándose en Francia, aunque discretamente, al quedar ocupado el proscenio por una historia económica a la que el contexto político internacional conferiría entonces un dinamismo no exento de una fuerte dosis de imperialismo dictatorial. Los años sesenta, con su estela de esperanzas y desengaños, sus sueños y sus nostalgias, vio la explosión de las mentalidades, como verdaderos fuegos artificiales que no tardaron en alcanzar otros países y otros territorios históricos. No reseñaré aquí los numerosos y a menudo brillantes trabajos que en pocos años surgieron ni el contexto en el que vieron la luz. Otros lo han hecho, mucho mejor por cierto, de lo que sabría hacerlo yo.⁶ Me confor-

⁶ Véanse REVEL, 1985; LE GOFF, 1979; CHARTIER, 1983, y ARIÈS, 1978.

maré con recordar cómo de pronto una variedad de temas nuevos y tan frescos como insólitos invadió alegremente el campo de la producción histórica, que solía presentar una apariencia demasiado solemne, conferida por su pretensión a convertirse en ciencia y su cultivo friolento en los invernaderos universitarios.

En efecto, fue entonces que las sociedades remotas o cercanas dejaron escapar de sus bien ordenados estamentos, clases y grupos, a sectores enteros, a grupos de individuos que hasta entonces habían quedado sumergidos u ocultos en su seno: las mujeres, los niños y los ancianos, los marginados —en un abigarrado cortejo de locos, prostitutas, criminales, galeotes, etcétera—, los domésticos y las élites no siempre decadentes, los creyentes y los ateos y tantos otros grupos que no alcanzan a cubrir aún toda la variedad de las caracterizaciones sociales pero que lograron, sólo porque un historiador amoroso sencillamente los llamó por su nombre, salirse de la nada o de la casi nada para convertirse mágicamente en sujetos verdaderos. No sólo los hombres en sus peculiaridades sociales salieron a la luz de la nueva historia: sus sentimientos y pasiones —el miedo, la ira, el cariño de la madre y el amor humano y divino—; su cuerpo, con el rosario de sus necesidades, apetitos y dolencias; sus ritos y fiestas junto con las creencias que los inspiran; sus ideas claras enfundadas en certezas, sus fantasmas y sus sueños, todo lo que envuelve su breve paso por la tierra en la tibieza protectora de la vida, todo esto y mucho más fue entonces arrancado a las categorías establecidas en las que no eran más que residuos insignificantes, basura desechable al fin y al cabo que apenas alcanzaba, de cuando en cuando, el honor de ser mencionada al final de un párrafo un poco corto o aburrido. Todo esto fue no solamente rescatado sino elevado a la misma categoría que parecía pertenecer por privilegio sólo a unos cuantos campos y objetos históricos generales —político, económico, social, etc.—, entronizados por la enseñanza universitaria de fines del siglo anterior y las ortodoxias soberanas, para alcanzar en una nueva jerarquía a la vez más igualitaria y más real.

Hoy en día, veinte años después de que estos temas fue-

ron tratados por primera vez de manera autónoma en obras que como su mismo título lo indicaba, reivindicaban la novedad de su proyecto —*La Peur en Occident. XVI-XVIII siècles*, de Jean Delumeau, 1976; *L'Homme devant la Mort*, de Philippe Ariès, 1977, etc.—, muchos de ellos nos parecen no sólo familiares sino poco originales, lo que atestigua la evolución lograda por este tipo de historia, que los integró definitivamente con la práctica histórica incluso en su modalidad más conservadora, la académica. Pero muchos de ellos no sólo alcanzaron su autonomía de objetos sino que se convirtieron a su vez en verdaderos campos, como sucedió con los estudios sobre las mujeres, que dieron origen a lo que hoy en día los anglosajones llaman *gender studies*, género que rebasa con mucho el campo inicial y versa sobre algo tan amplio como interesante: la historia de la diferenciación entre el género femenino y el masculino. El estudio de la familia ha seguido la misma evolución desde que Philippe Ariès, Jean Louis Flandrin y otros empezaron a tratar los temas del niño, del amor y del matrimonio. Actualmente, un magnífico florecimiento internacional atestigua el dinamismo de la historia de la institución familiar, que se constituyó primero como objeto y no tardó en alcanzar la categoría indiscutible de “campo” histórico al abarcar objetos demográficos, jurídicos, económicos, etcétera.⁷

Aparte de la influencia decisiva ejercida por Lucien Febvre y Marc Bloch sobre los orígenes y los desarrollos ulteriores del género histórico que nos ocupa, la revista los *Annales*, *ESC*, de la que fueron fundadores, fue reconocida oficialmente como la madrina de la recién nacida criatura que recibió en seguida el nombre altisonante de historia de las “mentalidades”. Fuerza es reconocer que entre los numerosos trabajos deslumbrantes o simplemente atractivos que brotaron, cual capullos en primavera, en la década de los años sesenta e incluso de los setenta, hubo algunos que por

⁷ La bibliografía sobre este campo es tan amplia que constituye el objeto de publicaciones especiales. Para quedar dentro del marco mexicano, citaré sólo a GONZALBO, 1991. Véase también *Familia y poder*, 1991.

querer a toda costa ser originales o exquisitos cayeron en el ridículo o la futilidad por la inanidad misma de su objeto o la debilidad de su interpretación.⁸ Todavía actualmente, y pese al proceso de filtración y purificación que acompaña automáticamente cualquier proceso de añejamiento, como el que sufrió el producto llamado historia de las mentalidades, no dejan de colarse uno que otro trabajito de título llamativo y contenido decepcionante, resultado sin duda del éxito comercial alcanzado por este tipo de historia en algunas de sus modalidades que más se prestan a ello, como la sexualidad, el amor, etcétera.

LOGROS, TENDENCIAS Y DEBILIDADES

Haciendo a un lado los antecedentes, principios y auge de la historia de las mentalidades, es preciso ahora enfrentar lo que constituye su periodo de madurez, señalando sus logros indiscutibles y las grandes líneas de su actual evolución, así como los problemas más importantes que enfrenta.

Entre los logros reconocidos, la redistribución de campos y objetos históricos ocupa un lugar destacado, que acabamos de mencionar brevemente. En efecto, la historia de las mentalidades, partiendo del material histórico que por definición es finito y limitado, cual lava solidificada después de una erupción volcánica, busca y extrae de este material fragmentos y pedazos que se encuentran originalmente integrados a campos establecidos como son la historia económica, de las ideas, etc., llegando a arrancarlos incluso a masas de contornos más reducidos, como serían la historia de los precios y la del ateísmo, para poner un ejemplo. Este material puede provenir de un conjunto existente en el que se hallaba por lo general relegado, en cuyo caso se trata de una especie de sustracción, o puede ser el resultado de una operación de re-

⁸ Por impedir la caridad dar referencias al respecto, sólo referiré el conocido chiste relativo a cierta voluminosa tesis doctoral cuyo tema era: "La siesta en Sicilia en la primera mitad del siglo XIV".

cuperación, al tener frecuentemente un carácter residual, por tratarse de algo que había sido despreciado hasta entonces, deja de estar integrado a algún conjunto preciso.

Así por ejemplo, el historiador Georges Lefebvre, comentando su trabajo sobre *El Gran Miedo de 1789* (1932), que se considera como una obra a la vez pionera y maestra de la historia de las mentalidades, escribía dos años más tarde acerca de aquel miedo experimentado por todos los sectores de la sociedad francesa en los primeros meses de la revolución de 1789, a raíz de los falsos rumores:

Los historiadores suelen estudiar las condiciones de la vida económica, social o política, por ser, según ellos, el origen del movimiento revolucionario, mientras estudian por otra parte los acontecimientos que lo marcaron y los resultados que logró. Ahora bien, entre estas causas y estos efectos se intercala la constitución de la mentalidad colectiva; ella es la que establece la verdadera relación causal y hasta se puede decir que sólo ella permite entender cabalmente sus efectos, puesto que éstos parecen a veces desproporcionados respecto a la causa tal como la define muchas veces el historiador.⁹

Aquí Georges Lefebvre, sin negar en absoluto el papel desempeñado en el estallido revolucionario francés por las causas tradicionalmente admitidas y reconociendo asimismo, los resultados que éste produjo, introduce el factor del gran miedo generalmente soslayado o al menos subestimado por las explicaciones tradicionales aunque no desconocido, que al abarcar a todos los sectores de la sociedad francesa adquirió durante unos meses el estatuto de mentalidad colectiva. Al dedicarle un libro entero, le otorga una función fundamental y decisiva, aunque no exclusiva de un proceso cuya

⁹ Esta cita, sacada de un artículo de Georges Lefebvre en 1934, se encuentra en el prefacio escrito por Jacques Revel a la reedición de *El Gran Miedo de 1789*, del mismo LEFEBVRE, 1988, p. 16. La he tomado a mi vez de BOUREAU, 1989, pp. 1 491-1 504. El texto de G. Lefebvre se encuentra en la página 1 497 de este artículo, ciertamente uno de los más sugerentes sobre el tema en estos últimos años.

complejidad y características rebasaban las explicaciones hasta entonces propuestas.

Este ejemplo, particularmente esclarecedor pero que no tiene un carácter excepcional, muestra que la historia de las mentalidades, en su periodo pionero que abarca los años 1920-1960, sacudió muchas rigideces y aniquiló el orden casi burocrático que reinaba entonces en el jardín de Clío, en donde las causas y consecuencias parecían encadenarse concertadamente en los arriates bien delimitados de lo económico, político, etc., aunque dejaban envueltos en sombras muchos aspectos de la realidad.

En este sentido, es posible que la historia de las mentalidades, entronizada por algunos de los historiadores más ilustres de nuestros tiempos, haya desempeñado en la historia entonces vigente una función semejante a la que ejercieron los descubrimientos científicos revolucionarios de los primeros años del siglo sobre la visión positivista que prevalecía entonces en la vida intelectual. Sin subestimar en absoluto los avances logrados por los sistemas explicativos que se derivan esencialmente de la gran historiografía del siglo XIX, la historia de las mentalidades vino a completarlos y matizarlos, proponiendo no sólo campos y objetos nuevos sino también una elaboración del significado más fina y más apegada a la realidad, exactamente como los trabajos sobre el átomo completaron, sin anularlos, los descubrimientos de los siglos anteriores sobre la materia.

Es posible también que el surgimiento de nuevos campos y objetos de observación, impulsado por la historia de las mentalidades a partir de las antiguas categorías, estuviese relacionado con el auge del psicoanálisis. La obra entera de Lucien Febvre, dominada por el enfoque psicológico, revela la influencia que sobre él ejercieron las importantes investigaciones llevadas a cabo entonces sobre todo en lo que concierne a la vida mental y afectiva. En efecto, al descubrir la existencia del inconsciente en la personalidad humana y al mostrar el papel fundamental que éste desempeña, Freud también creaba un campo, unos objetos de conocimiento y unas funciones explicativas nuevos.

En primer lugar, extraía y rescataba materiales y sueños,

pasiones, palabras y actos involuntarios, en los que después del Antiguo Testamento, la mitología y los cuentos populares, sólo escritores como Shakespeare, Racine, Dostoievski, Rimbaud y algunos otros, con ciertos pintores y músicos, habían encontrado fuentes de inspiración en un contexto de creación literaria o artística. Una vez que los hubo separado de su contexto religioso o mítico-poético, los constituyó en un campo específico e independiente —el inconsciente—, que no sólo accedió a una plena autonomía sino que empezó a ejercer una soberanía absoluta y propiamente dictatorial sobre el conjunto de la personalidad humana, que se consideraba hasta entonces regida, ante todo, por las fuerzas de la conciencia y la voluntad. Este campo, a su vez, no dejó de llenarse de objetos múltiples —las tendencias, pulsiones, proyecciones, complejos, etc.—, en un proceso semejante al que habían registrado algunos de los campos más dinámicos de nuestra historia de las mentalidades.

El proceder de Freud estaba ciertamente al unísono con la época que veía surgir los nuevos campos científicos del átomo. Sin embargo, por lo que se refiere a la disciplina histórica, la concepción de la historia como rompecabezas, es decir, como una realidad finita, objetiva y preexistente, pero llena de huecos y de vacíos era la que prevalecía. Dentro de esta concepción, el historiador-ebanista tenía por misión exclusiva descubrir las piezas faltantes para colocarlas en el lugar que les correspondía, cuidando de no dejar ninguna a un lado y luego ajustar y arreglar eventualmente las defectuosas para que encajasen lo mejor posible en el cuadro preestablecido y definitivo de una realidad histórica particular. La interpretación que proponía el buen artesano se limitaba generalmente a la historia y descripción de cada una de las piezas del rompecabezas y del cuadro final felizmente restituido. Los diversos cuadros que componían la historia en general se identificaban con unas etiquetas cuyo rótulo no correspondía a su contenido sino a un marco preestablecido que organizaba su distribución y organización en el conjunto.

En este contexto, la historia de las mentalidades introdujo, más de manera implícita que declarada, la idea de que la historia en sí no tiene más realidad ni existencia que la

que el historiador le confiere a través de una encuesta inspirada por los interrogantes del presente. Fuera de unos haces de fechas y acontecimientos concretos inscritos en la experiencia humana, todo lo demás era un inmenso sedimento preñado de posibles significados que el historiador debía suscitar y organizar alrededor de una hipótesis sugerida por el tiempo presente. Así, las nociones de hechos y sobre todo de verdades históricas tienden singularmente a desvanecerse ante las potencialidades que entraña una concepción que convierte la hipótesis y la interpretación en ejes fundamentales del quehacer histórico, percibido no como la búsqueda de algo oculto, deteriorado o mal conocido aunque objetivo, sino como una interrogación incesante y una creación múltiple dictadas por el presente.

Además de favorecer la emergencia de nuevos campos y objetos históricos y como consecuencia lógica de ello, la historia de las mentalidades contribuyó fuertemente a suprimir los monopolios explicativos ejercidos por los factores de viejo o nuevo cuño, verdaderos cancerberos de las distintas ortodoxias en cuya competencia reside demasiadas veces aún el debate histórico. Porque lo mismo que en el famoso caleidoscopio de Lévi-Strauss, un pedazo de vidrio, incluso de pequeña dimensión y peso insignificante, puede llegar a tener, según la posición que ocupa dentro de la organización total y el movimiento que se imprime al juguete, un lugar decisivo en relación con el equilibrio general que viene a trastornar bruscamente: un campo histórico específico y poblado de objetos diversos puede, asimismo, obedecer a la dinámica que le impone en un momento dado un factor u otro, sin que tengan por definición y *a priori* una preeminencia permanente y absoluta. Todo depende del momento, de la posición de los objetos dentro del conjunto y, por lo tanto, de las relaciones que se establecen entre unos y otros. A un sistema cerrado inspirado por un cientificismo obsoleto, en el que las ideologías producen las jerarquías que distribuyen a su vez la existencia y el lugar de los campos y los objetos con las funciones explicativas y el significado, la historia de las mentalidades opone una visión mucho más dinámica y matizada: del sedimento histórico emergen los campos y los

objetos al llamado del historiador, y el significado se desprende de las relaciones que se establecen entre los elementos que forman el nuevo conjunto, según el movimiento y el enfoque que reciban y la hipótesis planteada por el historiador.

Esto es precisamente lo que realiza Georges Lefebvre, cuando otorga o restituye un peso determinante a un factor hasta entonces relegado en el traspatio de las grandes entidades explicativas: el miedo. Éste, parcialmente suscitado con fines políticos, lograría apoderarse de la mayor parte de la sociedad francesa en los primeros meses de la revolución francesa y se volvería un factor autónomo regido por su propia dinámica, convirtiéndose, por tanto, en principio causal.

La historia de las mentalidades muestra que en lugar de un monopolio del significado otorgado por principio a los factores considerados como únicos portadores de sentido —los económicos en primer lugar y eventualmente los “sociales” en general y los “políticos”—, éste puede en ciertos casos deberse a factores considerados como “secundarios”, cuando el movimiento del caleidoscopio histórico llega a colocarlos en una situación en la que su peso arrastra a todos los demás objetos en un trastorno general. Esta nueva redistribución del significado, más igualitaria y real que las dictadas por las ortodoxias y los “marcos teóricos”, hace énfasis en las “relaciones” que se establecen de manera dinámica entre los diversos objetos. Finalmente, complementa de manera adecuada la operación de redistribución de los campos u objetos históricos, en la medida en que hoy en día, el proceso histórico en su conjunto, desde la problemática escogida hasta la interpretación final, ignora tanto las categorías inmutables que aprisionaban el material histórico como la jerarquía de los principios explicativos. Gracias a la historia de las mentalidades —y también a otras tendencias y a individuos innovadores—, la historia ya no posee la concepción positivista en la cual al historiador sólo le tocaba pegar los pedazos rotos de un espejo de todos modos empañado. Ahora esta búsqueda, restauración y ordenamiento de pedazos que seguirán siendo imprescindibles, son sólo las operaciones preliminares de un quehacer histórico concebido ya no

como una restauración sino como una verdadera creación, o sea, una nueva lectura.

La historia de las mentalidades alcanzó además un tercer e indiscutible éxito al estimular el estudio de lo que no podemos dejar de llamar "totalidades", a pesar de lo confuso y pedante del terminajo. Esto no significa en absoluto el regreso a una amplia historia social o de las ideas, tipo "la edad media" o "la Ilustración"; sólo implica que el campo que se escoge para efectuar una investigación debe parecerse a una muestra geológica, la cual, aunque de pequeño tamaño, penetra profundamente en el suelo para descubrir la naturaleza de sus formaciones y la forma en que se hallan organizadas en un terreno específico.

Numerosas obras reflejan cabalmente este enfoque y ante la dificultad de elegir a alguna de ellas para ponerla como ejemplo, opto por el libro de Alain Corbin, por estar traducido al español y haber salido a luz hace poco en México bajo el título *El perfume o el miasma. El olfato y el imaginario social, siglos XVIII-XIX* (Fondo de Cultura Económica, 1987). Como en la mayoría de los estudios inspirados por la historia de las mentalidades, el título tiene por misión precipitar al lector en la subjetividad de las percepciones, los afectos, las representaciones o las expresiones, mientras el subtítulo nos devuelve discreta e inmediatamente al carácter ante todo intelectual de la empresa.¹⁰ Aquí, después de las palabras clave *miasma* y *perfume* que imponen de golpe el terreno sensitivo, el subtítulo *el olfato y el imaginario social, siglos XVIII-XIX* declara sin ambigüedad el verdadero fin que inspira la investigación: descubrir las relaciones que unen todo lo que atañe al olfato con el "imaginario social", terreno privilegiado de la historia de las mentalidades. Esto es, efectivamente, lo que realiza Corbin de manera magistral al analizar los lazos que unen constantemente y en varios niveles las funciones y prácticas olfativas con las sociedades europeas de los siglos XVIII y XIX "en conjunto". De ahí que a través de la evo-

¹⁰ Entre otros muchos, el hermoso y reciente libro de Daniel Roche da un ejemplo similar en lo que se refiere a la estructura del título; véase ROCHE, 1989.

lución de nociones dobles como “limpieza/suciedad”, “salud/enfermedad”, “elegancia/grosería”, “hedor/fragancia”, “espacio público/privado”, etc., proceda a un estudio que rebasa con mucho la esfera de lo olfativo, poniendo de manifiesto procesos de cambios sociohistóricos y evoluciones conceptuales fundamentales. Otro ejemplo significativo sería el proporcionado por el historiador Alexander Murray en su libro, cuyo título se apega más a la tradición: *Reason and Society in the Middle Ages*, el que, sin embargo, trata a la vez “de economía, de la difusión de la aritmética, de la espiritualidad cristiana y de los valores éticos de los siglos XII y XIII, con el fin de circunscribir la emergencia de un tipo histórico de racionalidad concreta”, aunque el término “mentalidad” no aparece una sola vez en el texto, como lo nota Alain Boureau.¹¹

Así, los principales logros de la historia de las mentalidades consisten en haber logrado, a través de una redistribución de los campos y objetos históricos, de una repartición más igualitaria de las funciones explicativas y de la invitación a realizar investigaciones que pierden a veces en extensión lo que ganan en profundidad, modificar lo que se entendió por mucho tiempo como historia. La historia mineralizada que el historiador-minero iba a buscar en las profundidades del pasado para traerla a la luz del sol tal y como la había encontrado, tiende a ceder o al menos a coexistir con una historia versátil que, en torno a hechos y acontecimientos objetivos, autoriza tantas lecturas cuantas sean necesarias a nuestro ansioso presente.

Actualmente, la historia de las mentalidades se admite en todos los ámbitos, y si perdió parte de su novedad en algunos países ganó adeptos en otros. Además, el hecho de que a veces parezca superada no significa que haya perdido validez. En efecto, sucede con ella lo que ocurrió con el marxismo y el freudismo: si bien ya no pueden hoy en día ser aceptados como sistemas globales, su parte medular fue tan ampliamente recibida que ya fue asimilada por todos los científicos sociales cuya utilería conceptual y modo de enfo-

¹¹ MURRAY, 1978. Tomé la cita de BOUREAU, 1989, p. 1 493.

cañ su estudio llevan su huella imborrable. No olvidemos, por otra parte, que algunos de los objetos que hicieron emerger este tipo de historia se desarrollaron de tal manera que llegaron a constituirse en campos autónomos o micrototalidades, o se integraron de manera natural a categorías existentes que contribuyeron notablemente a abrir y matizar.

Por lo que se refiere a las tendencias actuales de la historia de las mentalidades, encontramos desde temas y campos a los cuales los últimos veinte años han conferido un carácter casi tradicional —la muerte, la vida cotidiana, la fiesta, etc.—, que algunos historiadores descubren a su vez, hasta modalidades más recientes, como el estudio de los conjuntos simbólicos y los sistemas de representaciones en general, abordados a través de discursos y, cada vez más, a través de objetos y comportamientos. En la mayoría de los estudios dedicados a estos temas se advierte una marcada tendencia por enfatizar la complejidad y multiplicidad de las relaciones existentes entre los distintos elementos que forman el objeto observado, sin que se busque conferir un carácter causal a alguna o algunas de ellas. El resultado de semejante proceder suele ser fascinante por la misma complejidad que revela, por la finura de los análisis y lo profundo de la lectura lograda. Sin embargo, cierta impresión de impotencia o de debilidad acaba a veces por imponerse al quedar el objeto histórico recién rescatado de los limbos del anonimato, envuelto, al cabo de una brillante investigación, en los velos no siempre transparentes de una complejidad desesperante.

Es posible que esta renuencia o incapacidad de introducir ejes causales en una lectura histórica esté ligada a la desconfianza legítima que rodea actualmente las antiguas certezas y jerarquías dictadas por las ideologías o las certezas de ayer. Al no poderse admitir ya, al menos de manera absoluta, estas certezas, quedan excluidas de golpe las relaciones causales, por lo que la realidad presente o pasada, desprovista en cualquier hipótesis explicativa aunque delicadamente iluminada en todas sus estructuras y facetas, nos deslumbra y nos abruma con su luminosa opacidad.

Si así fuera y tomando en cuenta el carácter circunstancial del proceso, no cabe descartar el posible retorno de las

funciones explicativas, que acabarían por restituir la coherencia necesaria a cualquier lectura de la historia. Porque si pueden ofrecerse varias lecturas a partir de un mismo material, hace falta que cada una de ellas esté articulada no sólo por su propia estructura sino también por el —o los— sentido(s) que el historiador le confiere a partir de sus hipótesis.

Pero sin duda, el mayor problema que se plantea a cualquier historiador, consciente de las mentalidades, es el de la relación que existe entre lo individual y lo colectivo, lo excepcional y lo común. Este problema dista mucho de estar resuelto, y suele originar buena parte de las críticas que recibe este género histórico. Por muchas razones que no cabe manifestar en el presente artículo, resulta fácil, tentador o ineludible, a falta de otras fuentes, lanzarse a un ensayo sobre una personalidad sobresaliente —el Lutero o el Rabelais Lucien Febvre—, un individuo singular —el molinero Menocchio de Carlo Ginzburg o un grupo específico de individuos.¹² Ahora bien, la mentalidad colectiva no es la suma de las mentalidades individuales, y la que es propia de un individuo no procede de la división aritmética, de la colectiva, por lo que no se puede partir de ninguna de ellas para establecer la otra. Sin embargo, es obvio que existen relaciones a la vez importantes y variables entre ambas, que no pueden ser descubiertas ni definidas con certeza ni regularidad. Por lo tanto, al intentar el historiador partir de un caso singular para descubrir actitudes o comportamientos generales, corre siempre el riesgo de proyectar y generalizar situaciones que de hecho son particulares o, al menos, no totalmente compartidas, sin que tampoco pueda determinarse con certeza la distancia entre unas y otras. Este riesgo aumenta notablemente cuando el conocimiento del contexto histórico es insuficiente, lo que ocurre muy a menudo, puesto que el propósito mismo que inspira generalmente al estudioso es el de alzar el velo sobre un momento o un objeto histórico a través del caso preciso que analiza.

La situación se complica aún más si consideramos que dentro de la categoría de lo individual, caben asimismo, el

¹² GINZBURG, 1976.

don fulano —lo que Alain Boureau llama el “individuo medio” —, el ser ejemplar y el singular, o sea, un individuo que no es ni lo uno ni lo otro, sino un ser específico. Lo mismo sucede con la categoría de lo colectivo, que abarca matices como “lo general”. Paradójicamente, el caso excepcional resulta menos problemático, aun cuando las relaciones que unen lo normal y lo excepcional no sean siempre evidentes. Un delincuente, por ejemplo, es un marginal en relación con la sociedad en la que vive, pero al mismo tiempo está estrechamente relacionado con ella al originarse al menos parcialmente su delito en las relaciones y situaciones que la caracterizan. Es sabido que cada sociedad genera sus delitos y delincuentes, por lo que un transgresor siempre revela “algo” importante de la sociedad que lo produjo, al manifestar una tendencia latente en ella, ampliándola, o bien invirtiéndola o contradiciéndola. El determinar en qué consiste este “algo” constituye el problema que se plantea el historiador de las mentalidades.

Finalmente, el enfoque escogido para este artículo me llevó a oponer la historia de las mentalidades a otras maneras de concebir la historia y de hacerla. Sin embargo, tal oposición resulta totalmente artificial. Este tipo de historia no sólo no cancela a las demás prácticas históricas, sino que depende por completo de ellas. Sin el respaldo de la historia económica, política, institucional, de las ideas, etc., la de las mentalidades se reduce a unas lucubraciones huecas o impertinentes, al quedar los objetos que observa desprovistos del contexto que les corresponde y, por tanto, demasiado expuestos a recibir contenidos apriorísticos. La vocación profunda de este tipo de historia no es la de excluir y prescindir sino, al contrario, la de coexistir, matizar y ampliar, tanto a través de las modalidades que presidieron su alumbramiento como a lo largo de su evolución. Por ello mismo, no puede surgir en un contexto en el que continentes enteros de la historia se hallen casi totalmente desconocidos, como sucede a veces en algunas historias nacionales como la mexicana, en la que subsisten lagunas inmensas, en particular, en lo que se refiere al siglo XIX. En estos casos, hace falta desbrozar primero el terreno, operación después de la cual la

historia de las mentalidades puede resultar útil al matizar, ahondar y completar lo que ya se sabe de un fenómeno o una época en términos generales. El hecho de que el mayor número de trabajos inspirados por ella hayan salido a luz en países de fuerte tradición histórica y sobre todo, acerca de épocas y sociedades bien conocidas, confirma esta observación.

Actualmente, la historia de las mentalidades atraviesa ciertamente una crisis, como la historia y las ciencias sociales en general, crisis que se arraiga en sus propios problemas y en la pérdida general del sentido, originada por la ruina de las ideologías. Sin embargo, nuestro género chico está mucho mejor preparado para superarla, en la medida en que nunca aceptó los significados preestablecidos. La amplitud de sus campos existentes y la potencialidad de aquellos que sólo esperan la invitación de algún historiador para emerger a la luz del día, constituyen también una garantía de dinamismo, al contrario de lo que sucede con campos rígidamente definidos. En fin, ya que los estudios sobre las mentalidades constituyen una respuesta o al menos un intento de respuesta a interrogantes surgidos del presente, podemos presumir que nuestra época, preñada de dudas, de desengaños y nostalgias, suscitará nuevos enfoques y nuevos objetos. En este caso, como suele suceder, la flexibilidad abierta, la disponibilidad creativa y cierta ambigüedad indisoluble de tales características serían las garantías más seguras de dinamismo y renovación.

REFERENCIAS

ARIÈS, Philippe

1978 "L'histoire des mentalités", en LE GOFF *et al.*, pp. 402-423.

BOUREAU, Alain

1989 "Propositions pour une histoire restreinte des mentalités", en *Annales*, 6 (nov.-dic.), pp. 1 491-1 504.

BURGUIÈRE, André (comp.)

- 1985 *Dictionnaire des Sciences Historiques*. París: Presses Universitaires de France.

CHARTIER, Roger

- 1983 "Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions", en *Revue de Synthèse*, III:111-112, pp.

GINZBURG, Carlo

- 1976 *Il formaggio e i vermi: Il cosmo di un mugnaio del '500*. Turín: Giulio Einaudi.

GONZALBO, Pilar (coord.)

- 1991 *Familias novohispanas. Siglos XVI al XIX*. México: El Colegio de México.

Familia y poder

- 1991 *Familia y poder en la Nueva España*. Seminario de Historia de las Mentalidades. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LE GOFF, Jacques

- 1979 "Les mentalités, une histoire ambiguë", en LE GOFF y PIERRE, pp. 76-94.

LE GOFF, Jacques, Roger CHARTIER y Jacques REVEL

- 1978 *La Nouvelle Histoire*. París: CEPI.

LE GOFF, Pierre NORA (comps.)

- 1979 *Faire de l'Histoire III*. París: Gallimard.

LEFEBVRE, Georges

- 1988 *La grande peur de 1789*. París: Armand Colin.

MURRAY, Alexander

- 1978 *Reason and Society in the Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press.

REVEL, Jacques

- 1985 "Mentalités", en BURGUIÈRE, pp. 449-456.

ROCHE, Daniel

- 1989 *La Culture des apparences. Une histoire du vêtement XVII-XVIII siècles*. París: Fayard.